

DINÁMICA DE LA VISIÓN DE LA IGLESIA Y DEL PAPEL DEL LAICO EN ELLA.

P. Juan L. Segundo S.J.

(Charla dictada en el Seminario "Grandes líneas teológicas de Concilio Vaticano II",

Parroquia Universitaria, Montevideo, Agosto 1966.)

El tema que trataremos es el del laico en la Iglesia y la dinámica que ha llevado a la Iglesia a darle el papel que le da hoy al laico. Hasta cierto punto, es un tema muy conocido y vivido por ustedes; por ejemplo, la importancia del laico en la Iglesia, la autonomía de su actividad, el sacerdocio real que significa el laico, es decir todos los cristianos en cuanto bautizados tienen un sacerdocio real, no el sacerdocio ministerial, sino una consagración de todo el mundo a Dios. No vamos a entrar, pues, a esas cosas.

Creo que conviene -para resolver problemas que todavía existen- hablar de esa dinámica que llevó a la Iglesia a dar responsabilidad al laico y admitir su sacerdocio real. No siempre fue así; evidentemente eso estaba en el mensaje cristiano, pero la Iglesia ha vivido un tiempo bastante largo de un cierto clericalismo, es decir, de una acentuación sobre el clero y no sobre el laico. Eso lo han visto ustedes, y todavía en cierto sentido lo están viviendo y lo están sufriendo, porque ese clericalismo no ha desaparecido. Me contaban que en una reunión de pastoral ayer mismo, uno de los encargados de zona exponía su programa, y en un momento dado se acordó y dijo: "Ah, y por supuesto, vamos a **usar** laicos..." Puede verse hasta qué punto vivimos todavía las huellas de una época en que la Iglesia estuvo centrada en el clérigo.

Interesa ver un poco el porqué de esto, para que el laico comprenda mejor su tarea, la defienda mejor, y vaya entonces cumpliéndola mejor.

Por de pronto, no es tan claro que ya se le haya dado al laico su verdadera importancia en la Iglesia. Un artículo reciente de la revista *Concilium* se ocupa justamente de esto. El Concilio ha sido en cierto modo un mosaico en el que ha colaborado gente que piensa distinto. Ese artículo notaba que las distintas maneras de emplear el término "laico" que tiene el Concilio, muestran que se está lejos de haber llegado a una visión bien clara.

Evidentemente, ha habido una evolución en el problema de lo que es el laico. No hace mucho, Pío X -que no es del siglo XV sino del siglo pasado- en su encíclica *Vehementer*, pensaba a la Iglesia así: "La Iglesia es por esencia una sociedad desigual, es decir, una sociedad formada por dos categorías de personas: los pastores y el rebaño. En cuanto a la multitud, ésta no tiene otro deber que dejarse conducir, y como rebaño dócil seguir a sus pastores".

Es inverosímil; uno dice: ¿es posible que esto esté escrito así? Sí, es posible, pero es importante saber por qué, para comprender mejor la dinámica de la Iglesia que lleva a darle hoy importancia al laico.

En el Concilio, muchas veces no se tiene un concepto que salga de la situación misma del laico, partiendo de él; en muchas partes se habla del laico como del no-clérigo. ¿Qué es un laico? Alguien que no está ordenado. Ésa es la forma cómo sistemáticamente se le ha definido. Es un concepto negativo: el laico es el que no ha recibido esa misión que tiene el clérigo, de orden, de jurisdicción y de magisterio. Este concepto equivale, prácticamente, a la palabra rebaño. El laico es el que no enseña, no comunica la gracia del sacramento y no manda.

Y ciertamente, no le ha sido fácil a la Iglesia dar una visión positiva de lo que es el laico; existe casi siempre la tentación de referirlo al clérigo.

¿Cuál es esa dinámica que lleva poco a poco a dar del laico una definición positiva? Ya veremos que hay en el Concilio textos que dan del laico una idea sacada de su propia función, de su misión primordial.

Pero ¿qué es lo que llevó a la Iglesia a la posición anterior? Es una cierta concepción de la Iglesia, de su misión y de sus poderes, lo que lleva a considerar primero al clérigo; a creer que es más claro desde el punto

de vista Iglesia, lo que es un clérigo que lo que es un laico. ¿Por qué? En general se tomaba a la Iglesia como una sociedad perfecta dentro de la sociedad humana; una sociedad que tenía un sí misma todos los elementos para procurarle al hombre la salvación, independientemente de lo que el mundo hiciera o quisiera, de lo que pasara en la historia.

Hasta cierto punto, es una visión que puede parecer normal: dentro de la Iglesia está la fe y están los sacramentos. Recordemos que el mismo Cristo habló de la necesidad, para la salvación, de la fe y de los sacramentos: el que crea y se bautice, se salva; el que no crea se condena. Jesucristo mismo lo ha dicho en el Evangelio. Entonces parece ser que lo esencial, en orden a la salvación, es pertenecer a esa Iglesia, es entrar en esa fe y en esos sacramentos. En esa fe, y no en otra. De ahí la importancia de una fe correcta, de ahí la importancia del que dicta la fe, o sea del que representa a la Iglesia como instrumento de salvación. ¿Quién es el que da la idea de qué es más importante en la Iglesia? Es el que puede decir: esto es la fe de la Iglesia, esto no lo es.

Inmediatamente tenemos una Iglesia centrada, por decirlo así, en el Sumo Pontífice, centrada en el que es infalible en la fe. O sea, la Iglesia podría ser sólo él, casi se simplificarían las cosas. Porque sucede que a veces un obispo dice una cosa y otro obispo dice otra; en cambio el Papa dice sólo una cosa, la fe es esto. Llegaríamos a centralizar toda la función de la Iglesia en aquél que dicta la fe tal como debe ser.

¿Y qué es lo propio de los demás? Lo propio es decir sí a esa fe.

Esta concepción de la fe ha sido muy corriente. Yo tengo un poco más edad que ustedes, pero tampoco soy un viejo chocho, y no hace mucho tiempo que estudié el catecismo, aquí en este país. Había una pregunta que decía: ¿cuáles son las cosas que Dios ha revelado a la Iglesia, además de los artículos de la fe? (es decir, el credo: Dios Padre, creador del cielo y de la tierra, etc.) Y la respuesta del catecismo era: las cosas que Dios ha revelado a su Iglesia, además del Credo, no me lo preguntéis a mí, que soy ignorante; doctores tiene la santa madre Iglesia que lo sabrán responder.

En general, pues, ¿qué es lo que basta? Sabiendo dos o tres cosas, las más grandes, en todo lo demás basta creer lo que la Iglesia enseña, cómo ella lo enseña y en el sentido en que lo enseña.

Ésa es un poco la idea que hasta tenemos nosotros hoy. Evidentemente, no podemos ignorarlo todo, se nos exige que sepamos algunas cosas muy esenciales. No es que tengan mucha importancia para nosotros, ni que nos digan nada, pero hay que saberlas. Por ejemplo, que nuestro Dios cristiano es un Dios en tres Personas, y si alguien dice tres dioses y una persona, es otra fe, no la fe cristiana.

Pero uno se pregunta: ¿y si les dijeran que son tres dioses y una persona, cambiaría la vida de ustedes? ¿Empezarían a hacer cosas completamente distintas de las que están haciendo o seguirían haciendo las mismas cosas? Seguirían haciendo las mismas.

Entonces, es un poco la concepción de que hay una fe correcta, que hay que tener, y que es la que salva. Lo esencial es que nos digan cuál es esa fe, que nos den la fórmula correcta, para que nosotros digamos: creo, y mediante eso entremos en el camino de la salvación. No importa tanto comprenderla, porque parecería que no tiene relación inmediata con lo que estamos haciendo, con ninguna tarea concreta. Lo importante es que la fe sea la fe que salva.

Y en los sacramentos, pasa lo mismo. Pensamos que lo importante es su validez, es decir, que yo ponga todas las condiciones para que el sacramento sea válido: estar en estado de gracia, tener una fe básica, y también la intención de querer hacer lo que la Iglesia hace, aunque yo no sepa bien exactamente lo que es. Nosotros, en la medida en que con un mínimo de condiciones vamos a esa fe y a esos sacramentos, parece que estamos en una relación mejor respecto a la salvación. De modo que, dentro de una Iglesia concebida así, el sacerdote, el clérigo, es lo absolutamente esencial; y el laico es, simplemente, el que disfruta de eso, el que utiliza esos poderes que la Iglesia le da, esos medios de salvación que la Iglesia tiene; el laico es pasivo, se define por no dar él sino recibir. En lo demás, diríamos que es un hombre que vive en la historia como cualquier otro, es un hombre entre los hombres, nada más. Pero en lo que tiene que ver con la salvación, él lo recibe todo de la Iglesia

El primer cambio históricamente importante, pero que no cambió totalmente esa mentalidad, se produjo cuando la Iglesia comprueba que los curas que hay no alcanzan, que no pueden hacerlo todo, y entonces llama a los laicos para ayudarlos en esa tarea. Y ahí van los laicos, dispuestos a colaborar en eso; no darán los sacramentos, pero empujan un poco a la gente para que vaya y los reciba. Siempre en el orden de suponer que todo está concentrado en el clérigo.

Lo fundamental para que el laico tenga una definición positiva de sí mismo, es comprender mejor la misión de la Iglesia en el mundo: para qué está la Iglesia en el mundo, para qué está en medio de la humanidad. Es esencial entonces la idea de salvación que trae la Iglesia. ¿Qué significa? ¿La Iglesia trae una receta de salvación para los que pertenecen a ella, para los que entran en ella, o no? Creo que es muy importante comprender lo que nos ha dicho el Concilio -que no es evidentemente un descubrimiento sólo del Concilio, sino que viene de muy atrás- de que la Iglesia está en el mundo para un servicio al mundo. Lo que el Concilio nos dice de que existe una sola vocación divina para todos los hombres, es real; y la Iglesia ayuda para que esa vocación se cumpla, y es necesaria para eso. Entonces el acento se desplaza y va hacia esa historia donde los hombres sienten la vocación de Dios y la siguen. ¿Cuál es esa historia? Precisamente, la de la construcción del mundo. Al construir el mundo, los hombres de buena voluntad -como dice el Concilio- amándose, superando el egoísmo, la desconfianza, la desesperación, etc. llegan por la gracia de Dios a la salvación.

Pero hay dificultades para que el hombre, sin saber realmente el misterio del amor, ame de veras. Hay grandes dificultades; hay un momento en que surgen las grandes preguntas del amor entre los hombres, y en ese momento es necesario que alguien, además de practicar el amor, conozca el misterio del amor, conozca lo que hay dentro de ese amor que los hombres practican pero con tantas dudas, con tantas desilusiones, con tanteos.

Yo voy a indicar, como ejemplo, tres de las grandes preguntas con las cuales el amor se estrella si no conoce el misterio del amor, si no hay nadie en el mundo que diga las respuestas de Dios a esas preguntas.

Los hombres que no tienen ninguna respuesta, pero que simplemente sienten la necesidad, el deseo de amarse unos a otros -que es la única vocación divina, de que habla el Concilio- todos los hombres sienten esa vocación, pero surge la pregunta: ¿vale la pena amar? Amar es un don de sí, yo me doy a otro y al mismo tiempo me vuelvo vulnerable, es decir me hago dependiente del otro, y todo lo que es del otro ya me llega a mí, las penas, las alegrías, los sufrimientos del otro; el otro se me vuelve indispensable. Amar es darse a sí mismo, y esto significa que el hombre que se da no es ya el hombre de antes, no es ya el hombre indiferente a muchas cosas, es el hombre dependiente de aquellas personas a quienes ama.

Y entonces la pregunta: ¿vale la pena que otro se nos vuelva imprescindible cuando hay tantos obstáculos para amar de veras? ¿Vale la pena que otro se me vuelva imprescindible cuando se lo puede llevar la enfermedad, la muerte, etc. y que yo no pueda hacer nada por él? ¿No era mejor, en cierto sentido, no haberme hecho yo dependiente de él, para estar más tranquilo él? ¿De qué valió que yo me hiciera dependiente de su suerte, si desapareció por ejemplo, si se me escapó de las manos?

Pero todavía hay otros obstáculos en cierto sentido más serios, más hondos que la muerte. Los seres amados se nos escapan muchas veces porque cambian, porque se vuelven indiferentes, porque no eran lo que nosotros creíamos, porque parece que no merecían nuestro amor o que no lo querían, o que se van. ¿Valía la pena entonces, hacer que realmente se nos volvieran imprescindibles esos seres a quienes amamos si después había que renunciar, había que separar, había que sufrir toda esa separación, si en un primer momento esa separación no hubiera significado nada, y ahora parecería que me arrancan la mitad de mi vida?

Todo hombre consciente se pregunta si vale la pena amar. Y es notable que en cada generación los hombres se vuelvan a preguntar eso. Cuántas veces habrán visto ustedes, muchachos jóvenes que van al matrimonio, acompañados de padres separados, divorciados, con tragedias de familia, y otra vez se vuelve a hacer la aventura de amar, y otra vez se vuelve a emprender esa aventura de depender uno del otro hasta el fin, hasta el fondo.

Evidentemente, hay una vocación de Dios, hay una fuerza de Dios en los hombres que los lleva a hacerlo, pero también hay en el hombre una duda, una enorme duda, que hace muchas veces que el hombre

diga: Y bueno... no sé. O cuántas veces la experiencia de una desilusión o un fracaso, hace que el hombre diga: No vale la pena, creo que no vale la pena.

Aquél que conoce por la revelación de Dios el misterio del amor, tiene una respuesta a eso. Tiene la respuesta de que el amor siempre vale la pena, de que no hay amor que se pierda, de que aunque las apariencias digan que ese amor fracasó, que se perdió, etc. todo amor auténtico llegó, y construyó algo que quizás nosotros no vemos en este mundo pero que lo vamos a ver en la nueva tierra, nosotros estamos construyendo con nuestro amor. Allí, ese amor, que nos pareció que no podía pasar, pasó y no se perdió, todo nuestro amor auténtico.

Esa respuesta la tenemos nosotros, es decir la Iglesia, que recibió no solamente la capacidad de amar, sino que recibió también el misterio, la revelación de lo que había detrás de ese amor, que allí estaba Dios y que no se perdía ese amor.

Es necesario entonces que en esa historia de los hombres, cuando los hombres se aman pero dudan de seguir amando y de amar más, haya alguien que les dé, de parte de Dios, la respuesta de que el amor no se pierde jamás.

Otra duda que los hombres tienen para amarse: ¿vale la pena amar fuera del círculo de personas que nos entendemos, que ya tenemos muchas cosas en común? Es decir, ¿vale la pena amar sinceramente, comprometerse a fondo en un amor con personas que son distintas a las de nuestra clase, de nuestro país, de nuestra raza, etc.? ¿Vale la pena amar cuando no hay manera de expresar ese amor, y más bien lo que hay son incomprendiones, sospechas, etc.? Esta pregunta se la hace la humanidad continuamente. Hoy por ejemplo, esa pregunta se la están haciendo los hombres en Uruguay, se la están haciendo en Estados Unidos cuando hay una diferencia de razas, se la están haciendo los hombres en Vietnam, pero también se la están haciendo aquí, dentro de esta comunidad, cuando se trata de diferencias de grupos, de mentalidades, etc. Todos nos preguntamos si vale la pena amar realmente, eficazmente, a personas a quienes apenas podemos comprender o que no nos comprenden.

Frente a esa pregunta, hay una respuesta de Dios, y la Iglesia que tiene la revelación de ese amor, tiene una respuesta que dar, de que en cada hombre hay un elemento divino que amar, cada hombre es un absoluto que nos pide amor, y que vale la pena amarlo, y que vamos a descubrir en él, si lo amamos totalmente, una razón para amar.

Con esto quiero hacer ver, sin entrar en todos los detalles, cómo el cristiano tendría que estar llamando continuamente a los hombres, dándoles lo que él sabe en cuanto a que vale la pena pasar por encima de las fronteras, de los grupos, etc., etc. O sea, que hay una respuesta que dar, que es necesaria; una respuesta de la Iglesia a la construcción del mundo.

Otra pregunta, por ejemplo, del amor en la construcción del mundo, que también los hombres se formulan. ¿Es posible amar cuando no se tienen medios para amar, cuando no se puede manejar nada? Muchas veces uno quisiera hacer algo por alguien, pero no tiene medios, simplemente lo único que puede tener es ese afecto. Pero ¿vale la pena realmente amar cuando no se tienen medios para mover la historia, para cambiar las situaciones, cuando al parecer no se tiene nada que dar? Es, por ejemplo, lo que en una sociedad se ha llamado -con un término terrible- el problema de las bocas inútiles, es decir, los que al parecer no tienen nada que dar, sólo se les puede dar algo, porque ellos no pueden hacer nada.

Hay una película de Anthony Quinn, que ocurre en Alaska, en la cual hay una escena desgarradora pero que es normal en esa civilización de esquimales. Es la madre vieja que, en un momento dado, como ya no sirve, no puede hacer nada, la hija y el yerno la dejan sentada en el hielo, para que muera, y ella misma pide que lo hagan, porque ya no puede ser útil. Saben ellos que es una ley que esa boca inútil desaparezca, y entonces, la mujer queda sola, en el hielo, y los otros se van, evidentemente queriéndola mucho pero sabiendo que ya no hay nada que hacer y las cosas tienen que ser así.

Hay continuamente en el mundo el problema de aquéllos que al parecer, no pueden ayudar, no pueden hacer nada, que son una carga, el problema muchas veces de la madre, cuando el hijo se hace grande: ¿qué se puede hacer aquí ya? Simplemente amar, pero ya casi no se puede decir nada, ni hacer nada.

La Iglesia tiene una respuesta, precisamente de que no hay amor que se pierda, aunque parezca que no hay medios el amor se realiza, y el ejemplo más grande de ese amor realizado sin medios es -al lado de nuestro redentor Cristo- la Virgen, con su cooperación a la redención. Sin mover ninguna palanca de la historia, sin cambiar nada, sin ir a predicar a países lejanos como los apóstoles, sin embargo, ella cooperó más en la redención que todos los apóstoles, que todos los santos, simplemente deseando, amando, queriendo. Es decir, no hay boca inútil en el mundo. Todos tienen la posibilidad completa de transformar y de colaborar en esa construcción de la nueva tierra. También lo sabemos nosotros.

Son tres ejemplos solamente de lo que la Iglesia sabe, para dar a la construcción del mundo. En esa obra común que es la construcción de un mundo donde haya más amor, en esa obra común que todos tenemos que hacer, cristianos y no cristianos, la Iglesia tiene una función de salvación de esa obra; no de una salvación fuera de eso, no hay una salvación fuera de ese mundo, sino dentro de esa historia.

Si es ésta la salvación esencial que Dios quiere, que se va a realizar después visiblemente en la nueva tierra, se va a manifestar, se va a abrir, pero que se está realizando aquí, si hay eso, entonces es absolutamente esencial que la Iglesia comunique ese mensaje a los hombres que lo necesitan, que comunique esa señal de salvación, para amarse más, para vencer las dificultades que hay en todo amor cuando se ignora el misterio del amor.

Entonces, ¿qué ocurre? Evidentemente, comprendernos que la fe que se nos dio no se nos dio para salvarnos nosotros, firmando un documento que no entendemos, sino que la fe se nos dio para contestar a esas preguntas. No puedo decir: Creo en lo que la Iglesia diga, no entiendo pero creo, no me lo pregunte a mí que soy ignorante, pero yo creo, creo, creo.

¿Y de qué me sirve creer lo que la Iglesia cree, si yo no lo sé, si yo soy el que tiene que contestar, si yo soy el que tiene que ir con ese Dios que es uno y trino a darle la respuesta a ese hombre? ¿De qué me sirve, si Dios no me dio eso para que yo tenga un pasaporte para la vida eterna, sino que me lo dio para que yo fuera a los hombres y les dijera lo que necesitan?

Si esto es así, cambia no sólo la teología que debe saber el laico y que no puedo dejársela al cura, sino que cambia al mismo tiempo la importancia del laico, se vuelve esencial, imprescindible, para la tarea de la Iglesia. La Iglesia no está para que haya curas, ni para que exista un Papa en Roma, sino que está para dar una respuesta a los hombres que están buscando. Y los que dan esa respuesta son los que viven junto con ellos, los que trabajan con ellos.

Evidentemente, para que nosotros podamos llevar una respuesta, tenemos que saberla; necesitamos de alguien que pase toda su vida enseñándonos esa respuesta, todos los elementos de la misma. Alguien que pase su vida dándonos los signos de esa gracia que actúa en el mundo, y que actúa en nosotros, que son los sacramentos, signos eficaces de esa gracia; nosotros somos los que recibimos esa gracia con el signo, que nos la muestra, para que luego la encontremos en los hombres y la ayudemos a trabajar en los hombres. Entonces, la Iglesia necesita ciertamente del clérigo, de aquél que enseñe, que comunique los sacramentos, pero necesita de él para que exista un laico y dé la respuesta a los hombres que la buscan.

Si pudiéramos establecer un orden de importancia, diríamos que lo importante son los hombres, en el plan de Dios, toda la humanidad. Y gracias a Dios que es así, porque durante mucho tiempo llegamos a creer que lo importante éramos nosotros, el grupito nuestro. En primer lugar lo importante para Dios son los hombres. En segundo lugar, lo importante son aquéllos que tienen que decirle a los hombres la respuesta de Dios a sus problemas, para que los hombres puedan entrar y seguir en el camino de la salvación que es una construcción del mundo donde pongan cada vez más amor. Y en tercer lugar, para que existan hombres que pueden ir con esa respuesta, tiene que haber también hombres que dediquen su vida a que esa respuesta sea comprendida correctamente; y por lo tanto, precisamente una de las funciones de la Iglesia es que el mensaje sea traducido correctamente a los hombres que luego han de decirlo y pensarlo para los demás, y también que exista esa gracia significada por Dios en los sacramentos, al mismo tiempo que concedida, para los hombres que van a tener esa tarea.

Vemos que al mismo tiempo que se comprende a la Iglesia como servicio al mundo, la proporción de las tareas cambia, pero cambia al mismo tiempo que la responsabilidad. Es decir, ser laico es una cosa

completamente importante y central en la Iglesia, pero eso supone también una tarea. Supone que el laico no es aquél que le deja el trabajo de comprender la fe al cura, de comprender lo sacramental, etc., sino que es él que tiene que hacer ese trabajo: tiene que ir a los sacramentos conscientemente, tiene que conocer su teología.

Con esto podemos comprender -voy a indicarlo brevemente- algunos de los textos con que el Concilio se refiere al laico, y en forma positiva, no ya como alguien que no es clérigo sino como el más obvio miembro de la Iglesia. En la medida en que se comprende a la Iglesia como servicio el mundo en el sentido que acabamos de ver, el miembro más obvio de la Iglesia es el que lleva esa respuesta al mundo. O sea, que el laico ya no tiene necesidad de ser definido por el clérigo, sino que éste tiene necesidad de ser definido por el laico. Para entender que significa un clérigo, qué significa el Papa, qué significa el obispo, se necesita comprender qué es un laico.

Cuando uno les dice a los laicos: Ustedes también son sacerdotes, tienen un sacerdocio real, etc., bueno, es verdad, pero es una mala forma de consolar al laico. Se piensa que hay que decirle al laico que también él es sacerdote, porque como está acostumbrado a que el sacerdote es el individuo que tiene todos los honores, se va a quedar contento. No es necesario eso; el sacerdocio real puede significar muy bien, y claramente, que uno no es sacerdote en el sentido corriente de la palabra. Sacerdocio real significa que tiene una tarea en el mundo, esa tarea inmensa, imprescindible, central de la Iglesia en el mundo, que es consagrar el mundo a Dios, es decir, llevarle Dios a ese mundo, para que esa respuesta quede metida en el amor que hay en el mundo. A esa tarea, si quieren llamarla, sacerdocio, bien, pero no es necesario dar la impresión de que ya somos un poquito sacerdotes y con un empujoncito más que demos quizá todavía nos dicen que somos más sacerdotes. No. Casi hay que explicar lo que es el sacerdote en función de que exista esa tarea de la Iglesia, que sólo los laicos pueden hacer.

En la Constitución de la Iglesia se dice: *"A los laicos pertenece por propia vocación, buscar el reino de Dios tratando y ordenando según Dios los asuntos temporales. Viven en el siglo, es decir, en todas y cada una de las actividades o de las profesiones, así como en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, con las que su existencia está como entretrejida. Allí están llamados por Dios a cumplir su propio cometido, guiándose por el espíritu evangélico, de modo que igual que la levadura, contribuyan desde dentro a la santificación del mundo..."*

Y no hay posibilidad de contribuir sólo desde fuera, la Iglesia no puede hacer esto desde fuera; ésta es la misión de la Iglesia, ser levadura, y por lo tanto es la misión central.

"... y de este modo descubran a Cristo a los demás, ante todo brillando con el testimonio de su vida, fe, esperanza y caridad".

En el párrafo 35 de la misma Constitución de Iglesia dice: *"Así como los sacramentos de la nueva ley con los que se nutren la vida y el apostolado de los fieles, prefiguran el cielo nuevo y la tierra nueva, así los laicos se hacen valiosos pregoneros de la fe y de las cosas que esperamos, si asocian, sin desmayo, la profesión de fe con la vida de fe. Esta evangelización, es decir, el mensaje de Cristo pregonado con el testimonio de la vida y de la palabra, adquiere una nota específica y una peculiar eficacia por el hecho de que se realiza dentro de las comunes condiciones de la vida en el mundo".*

Es decir, que se une vida y palabra, porque lo que damos es una respuesta, no es solamente un testimonio mudo, aunque las obras son elocuentes, pero estamos dando una respuesta a los hombres que preguntan. La Iglesia atribuye al laico este trabajo de evangelización, de llevar esa buena noticia con el testimonio de la vida y de la palabra.

La evangelización desde afuera no puede tener la eficacia que tiene desde dentro.

"Por los sacramentos, especialmente por la Sagrada Eucaristía se comunica y se nutre aquel amor hacia Dios y hacia los hombres que es el alma de todo apostolado. Los laicos, sin embargo, están llamados, particularmente, a hacer presente y operante a la Iglesia en los lugares y condiciones donde ella no puede ser sal de la tierra si no es a través de ellos. Así, pues, todo laico, por los mismos dones que le han sido conferidos, se

convierte en testigo e instrumento vivo, a la vez, de la misión de la misma Iglesia en la medida del don de Cristo".

Es muy importante esa expresión "*por los mismos dones que le han sido conferidos*", es decir, no porque lo llamen a colaborar, sino porque es un bautizado, porque ha sido incorporado al pueblo de Dios por el bautismo.

Y continúa: "*Además de esto, también los laicos pueden ser llamados a diversos modos de colaboración más inmediata con el apostolado de la jerarquía...*" Noten que dice "*además de esto*".

También es importante como visión general lo que dice la Constitución de la Iglesia en el mundo moderno: "*A la conciencia bien formada del laico toca lograr que la ley divina quede grabada en la ciudad terrena...*"

No en el sentido, quizá, de "*A Dios queremos en nuestras leyes, en las escuelas y en el hogar*" pero sí en el sentido de que esa respuesta que nosotros damos a la pregunta del hombre, va a hacer que aun cuando el hombre no comprenda toda nuestra respuesta, aun cuando no nombre directamente a Dios, consiga vencer las dificultades para amar. Es muy importante esto. Yo creo que a veces pensamos que nuestro oficio se cumple si el hombre acepta toda nuestra respuesta. Es decir, cuando el hombre duda ante una dificultad del amor, pensamos que es la ocasión para darle toda nuestra respuesta. No, es ciertamente la ocasión para llevarle nuestra respuesta de confianza, de alegría, de esperanza, de amplitud en el amor. Muchas veces la Iglesia cumple su misión no sólo cuando el hombre acepta todo el mensaje y se hace a su vez mensajero, sino también cuando el hombre, sólo por ver a otros que tienen esperanza como para amar, sin entender toda la riqueza de la respuesta cristiana, dice: Yo también lo voy a hacer.

Lo que es importante es que ese amor se haga, así Dios salva. Por lo tanto, la Iglesia salva no solamente cuando el hombre acepta completamente la respuesta, sino muchas veces por el solo contagio de su esperanza se vence la desilusión, la desesperanza del hombre, por el solo contagio de su amplitud se vence la estrechez del hombre.

Por eso la Iglesia tiene que estar continuamente al lado del hombre, que tiende a que su amor se desilusione, a que su amor se estreche, a que su amor se haga utilitario, para lograr que muchas veces con el solo hecho de convivir con otras dimensiones de amor, el hombre logre ese acto de amor más amplio, más profundo, más grande, que Dios le pide, aunque no comprenda y acepte toda la respuesta. El cristianismo no obra sólo por dosis enteras, sino por dosis que solamente Dios conoce, dosis quizá mínimas, que son las que se necesitan para que el hombre realmente ponga en práctica su amor y venza las dificultades de su egoísmo.

Siguiendo con la lectura: "*De los sacerdotes, los laicos pueden esperar orientación e impulso espiritual, pero no piensen que sus pastores están siempre capacitados para darles inmediatamente soluciones concretas en los problemas que ellos tienen*".

O sea que, el sacerdote comunica el mensaje de Cristo como tiene que comunicarlo a todas las generaciones de cristianos; y con ese mensaje hay que ir a buscar, con todos los hombres, las soluciones concretas a nuestros problemas. Por esto el Concilio dice, en una frase que puede parecer escandalosa, que los cristianos salgan junto con los demás hombres a buscar la verdad. La verdad que interesa, es decir, qué hacer; que salga a buscarla yo, laico, porque no lo sé, y mucho menos que yo lo sabe el cura. Es decir, lo que nosotros cristianos sabemos y lo que el sacerdote comunica a cada generación de cristianos, es un mensaje, es una inspiración, es algo que el cristiano sabe que va a ayudar a buscar la verdad, a encontrar las soluciones junto con los demás, aporta algo y contribuye con una esperanza, contribuye a algo que va a hacer que las soluciones de amor sean distintas. Ése es el fermento que está actuando en esa obra que es lo que Dios quiere, en esa obra de los hombres de construcción del mundo, de los cielos nuevos y la tierra nueva, aunque muchos no sepan que están construyendo eso que es el cielo nuevo y la tierra nueva.

Y el documento dice que no debe pensarse que los pastores tienen soluciones concretas ni siquiera en las cuestiones graves. Concretamente puede ser que un cura sepa, como cualquier hijo de vecino, una solución concreta para un problema, pero dice que no esperen que por ser sacerdotes estén capacitados para eso.

"Cumplan más bien los laicos su propia función con la luz de la sabiduría cristiana y con la observancia atenta de la doctrina del magisterio". Para eso está el magisterio, para que cumplan su misión los laicos.

"Muchas veces sucederá que la propia concepción cristiana de la vida les inclinará en ciertos casos a elegir determinadas soluciones..."

Es decir, al ir a buscar las soluciones con los demás hombres, podrán preferir una solución a otra. Pero deben darse cuenta siempre de que hay muchas soluciones que pueden ser elegidas por un cristiano, por razones cristianas. No hay una solución que sea "la cristiana", ni un orden de cosas que sea "el cristiano", ni una cultura especial que sea "la cristiana". Y el documento dice expresamente: *"Podrá suceder con todo, como sucede frecuentemente, que otros fieles, guiados con no menor sinceridad, juzgarán en lo mismo de otro modo"*. Es decir, que otra acentuación también cristiana les parece que lleva a otra solución posible.

Esto no indica que todas las cosas que eligen los cristianos estén bien elegidas. Muchas veces puede ser un tremendo disparate, pero en principio, siempre está la posibilidad de encontrar en base a esa misma inspiración cristiana distintas soluciones para las cosas. Ahora, si alguien dice: Yo veo en el cristianismo una inspiración para reimponer el sistema de la esclavitud, entonces uno piensa: aquí hay alguna equivocación...

Con todo, un cristianismo cada vez más consciente evitará ciertas monstruosidades, ciertas soluciones que evidentemente ya repugnan a todo cristiano, de entrada.

"...si se da el caso de que las soluciones propuestas de una y otra parte, aun sin expresa intención de ellos, muchos las presenten como derivadas del mensaje evangélico, recuerden que a nadie le es lícito en esos casos invocar a su manera la autoridad de la Iglesia en su favor exclusivo". Es decir, es el caso de alguien que fundamente su elección diciendo que es la única solución cristiana. Esto es justamente lo que hay que evitar, porque de los principios cristianos evidentemente pueden surgir distintas soluciones.

Y el último texto, que es muy importante para lo que veíamos, está tomado de la Constitución de la Iglesia, párrafo 36: *"Deben pues, los fieles conocer la naturaleza íntima de todas las criaturas..."*, es decir, ser verdaderos técnicos en el mundo: conocer esa construcción del mundo que están haciendo con los demás hombres.

"...su valor y su ordenación a la gloria de Dios..." Es decir, su relación con el mensaje de Dios, con el plan de Dios. Y deben también ayudarse entre sí para comprender mejor esa relación. O sea, la necesidad de pensar en común, no de salir a formar partidos comunes, o soluciones comunes, pero sí de pensar en común la relación entre la construcción del mundo y el mensaje cristiano. Ayudarse a pensar en común, desde distintos ángulos, con distintas acentuaciones sobre qué es lo más importante o no en la situación presente.

Y prosigue: *"...también mediante las actividades seculares, para lograr una vida más santa, de suerte que el mundo se impregne del espíritu de Cristo y alcance más eficazmente su fin en la justicia, la caridad y la paz"*.

Para que este deber, esta misión de la Iglesia de que el mundo, la construcción del mundo, quede impregnada de esa salvación, que es precisamente un amor que vence los obstáculos y que responde a sus propias preguntas *"para que este deber pueda cumplirse en el ámbito universal, corresponde a los laicos el puesto principal"*.

Veán cómo está unido el puesto del laico a dos cosas, que es lo que había querido mostrar: a una concepción de lo que la Iglesia tiene que hacer en el mundo, a una concepción de la salvación, de cómo ella se realiza, y al mismo tiempo, con un asumir del laico las responsabilidades de esa tarea, comprendiendo su función, sus límites, su complementación con otras funciones de la Iglesia.